



Fotografía proporcionada por la autora

La apertura a la pluralidad cultural

Raquel Aparicio Cid

Universidad Veracruzana | Xalapa, México
 aparicio.cid@gmail.com

El mundo es tantos mundos como posibilidades de conocimiento y de formas de relación con el medio ambiente existen en el planeta. De ello da cuenta la noción de *etnociencias*, es decir, las ciencias del medio local. Esta noción nos coloca en un espacio distinto al de la ciencia moderna, que es la que se conoce comúnmente, y se abre a otras comprensiones del mundo desde lo propio, desde el espacio que se habita. El prefijo *etno* resalta la relevancia de lo diverso, frente a una visión dominante que admite una sola manera *adecuada* de entender el mundo.

En este texto se describe el valor de los conocimientos locales para solucionar problemas ambientales en los territorios a partir de la historia de una

comunidad, lo que nos ayudará a mostrar de qué hablamos cuando nos referimos al giro etnobiológico. También se habla del debilitamiento de ciertos saberes propios de las culturas tradicionales y sus consecuencias en el medio.

En esta historia se verá cómo una población que ha padecido el deterioro de su entorno natural acudió a sus sistemas de conocimiento y de organización social para recuperar algunos elementos del ecosistema, lo que ejemplifica los alcances y las posibilidades del giro etnobiológico como alternativa de solución a las problemáticas ambientales del país.

La riqueza de la diversidad

El rescate de las diversidades no es un asunto menor. La colonización impuso formas de pensamiento y de apropiación de la naturaleza que distorsionaron las relaciones que las poblaciones originarias sostenían con sus territorios. De esto derivó una larga secuencia de deterioro ambiental y de cambio en los propósitos de vida de las sociedades que hoy nos coloca en un severo problema civilizatorio, sin herramientas para imaginar y operar una transición.

Reconocer lo anterior nos ha llevado a ampliar la mirada en busca de alternativas; la diversidad de formas de producir conocimiento puede ofrecer algunas. Considerando que conocer es una función de la relación de los seres vivos con la naturaleza, numerosas culturas tienden a desarrollarse en función de los contextos ambientales locales.

Estos acervos son resultado de una larga relación entre los grupos sociales y los territorios, que derivan en procesos y prácticas culturales identificados con la tierra, y que dan origen a la identidad biocultural y al conocimiento ambiental especializado en el país y en el mundo. En ellos prevalecen algunos elementos, por ejemplo, de sistemas ancestrales indígenas de agricultura sustentable que lograron subsistir hasta el periodo colonial.

Se trata de sistemas complejos, basados en una sofisticada comprensión y conocimiento ecológico, altamente eficientes y productivos, e inherentemente sustentables. Ejemplos de ellos aún se encuentran en varias regiones latinoamericanas alrededor del cultivo del maíz criollo, de la papa, la yuca, la milpa o la chacra, en general. El conocimiento agroecológico forma parte de diversas culturas tradicionales que les ha permitido mantener formas de alimentación adecuadas, en función de las capacidades del ecosistema.

El conocimiento ecológico de lo local es distinto al conocimiento escolarizado, pues es resultado de la relación de trabajo y también de adaptación a los territorios por parte de los grupos humanos. Por la forma en que se produce, este conocimiento es más

resultado de la interacción directa y cotidiana con el entorno que de un sistema de conocimientos previo, aunque los aprendizajes históricos también son relevantes.

Los sistemas de conocimientos tradicionales se vinculan con procesos sociales a través de los cuales se transmiten y reproducen tales acervos; esto es, con las prácticas pedagógicas comunitarias. Estas prácticas son vigentes, actuantes, y son esenciales en toda sociedad.

Estas reflexiones nos llevan a replantear la noción normalizada de “conocimiento” que categoriza a estos acervos desde una visión colonial que mina la significancia y la pertinencia de otros sistemas de conocimientos construidos de manera coevolutiva con los territorios. Por otra parte, debe descartarse cualquier ingenuidad o romanticismo al hablar de lo local, pues no todos los conocimientos son eficaces; algunos pueden generar una inadecuada adaptación de los grupos humanos en determinados ecosistemas o territorios, como se ha visto a lo largo de la historia.

Al pensar el giro etnobiológico se tiene en cuenta que el conocimiento no es una biblioteca petrificada de saberes estáticos, sino un organismo vivo que se nutre de los mensajes del entorno. Cuando este organismo, a través del acto de conocer (de relacionarse con el medio) interpreta correctamente los mensajes, tiene mayores posibilidades de alinear su comportamiento a éste y responder de la misma manera. Esta disposición coloca a las personas en un estadio de sustentabilidad, al comprender que el bienestar del grupo social depende del bienestar del entorno.

Barrera-Bassols (2003) explica que los conocimientos ambientales indígenas son sistemas integrales, acumulativos, dinámicos y abiertos, que se construyen sobre la experiencia de generaciones anteriores y se adaptan permanentemente a los cambios tecnológicos y socioeconómicos específicos, configurando una “epistemología local del mundo circundante”. La inteligencia de dichos sistemas se expresa en su adaptabilidad y actualización frente

a condiciones de incertidumbre y cambios en el entorno.

Los conocimientos de las poblaciones locales acerca de los territorios son insustituibles para el adecuado manejo y conservación de los recursos naturales. De igual modo, la capacidad de recuperarse ante situaciones adversas —tanto de las sociedades como de los ecosistemas—, depende en gran medida de la voluntad colectiva para incrementar las posibilidades de adaptación a los cambios ambientales a escala local o regional.

Por el contrario, ahí donde los conocimientos han sido erosionados o distanciados de las relaciones “directas” con el medio, y donde la organización social se ha debilitado, se produce una enajenación que separa, simbólicamente, a las personas de su entorno. Esta situación genera nuevas formas de relación no necesariamente eficaces para una sociedad y el entorno natural. La antropología ecológica y la etnoecología han tratado detalladamente este tema; sus aportaciones toman la mayor relevancia en la lectura de las relaciones socioambientales contemporáneas.

Veamos el caso de una región caracterizada a escala nacional por la erosión de sus suelos. A través del trabajo realizado durante casi medio siglo, los habitantes reorientaron sus prácticas y conocimientos hacia un manejo adecuado del territorio, en favor de las comunidades humanas, de animales y plantas, donde todos los seres vivos han recobrado condiciones adecuadas de co-evolución.

La Mixteca Alta oaxaqueña, ¿ave Fénix o zanate?

Todavía en la década de los noventa del siglo pasado no había un acuerdo entre los ingenieros forestales y los expertos acerca de los suelos del estado de Oaxaca. Los primeros daban por perdida la región Mixteca, históricamente despojada de sus riquezas naturales, empobrecida por una serie de políticas productivas y sistemas tecnológicos impuestos desde tiempos de la Colonia; además, con un enorme

caudal de desventajas sociales, económicas y culturales. Los segundos mantenían una convicción no sólo técnica, sino de carácter afectivo, que los llevaba a asegurar que era posible una recuperación ambiental, al menos parcial, dada la voluntad de los habitantes por implementar actividades para retener, recuperar y mejorar los suelos, de los cuales dependen para su subsistencia.

Para entonces se calculaba que prácticamente todos los suelos de la región tenían algún grado de erosión, la mayoría de regular a grave, debido a múltiples factores. Las prácticas tradicionales de agricultura y conservación de suelos de los tiempos prehispánicos (como el cultivo en laderas y el sistema lama-bordo) ya habían sido desplazadas por los efectos de la *revolución verde*, que había terminado por contaminar la escasa y delgada capa fértil de suelo disponible para los cultivos.

Años atrás, en los ochenta, algunos habitantes de la región habían tenido contacto con campesinos kakchiquel de Guatemala que les mostraron nuevas técnicas para frenar la erosión y recuperar los suelos, además de modificar las prácticas agrícolas. De forma gradual transitaron de un modelo convencional, basado en el uso de agroquímicos, a uno de agricultura orgánica. El cambio de las prácticas agrícolas se dio a través de un esquema formativo basado en el método *campesino a campesino*. En este proceso se hizo necesario el rescate de los conocimientos ancestrales de manejo del suelo, al igual que la apropiación de conocimientos técnicos y científicos no tradicionales que ayudaran a los pobladores a enfrentar la problemática ambiental y alimentaria. El giro etnobiológico inició en esos años y con el tiempo se ha expandido en decenas de poblaciones de la región de la Mixteca Alta.

En décadas recientes este caso ha llamado la atención de distintas agencias internacionales, organizaciones civiles y entidades gubernamentales del país. Han destinado recursos financieros y tecnológicos, así como capacitación para recrear, junto con los habitantes locales, un sistema de conocimientos ambientales y productivos que les ayude a



Fotografía proporcionada por la autora

enfrentar la problemática social y ambiental. Hasta la fecha, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, por sus siglas en inglés), la Sociedad Alemana de Cooperación Internacional (GIZ), además de asociaciones civiles como el Proyecto Mixteca Sustentable, A.C. y fundaciones, entre otros, continúan desplegando proyectos de producción agroalimentaria sustentable, y de recuperación y conservación de ecosistemas que, a su vez, permitan mejorar los medios de vida de las comunidades.

El caso ejemplifica la importancia de la disposición y las voluntades para modificar hábitos, probar y apropiarse de otros conocimientos externos a las comunidades que, junto con las intuiciones y los conocimientos ambientales locales preexistentes, generaron un nuevo acervo cognitivo y práctico. Este ejemplo corrobora que los sistemas locales de conocimientos son dinámicos y abiertos, que se actualizan y se adaptan a los cambios, poniendo a prueba y enriqueciendo la *epistemología local* referida por Barrera-Bassols y que, en numerosos casos en el

país, ha de ser restaurada, al igual que los ecosistemas que le dan sustento.

La historia de la Mixteca Alta oaxaqueña muestra que los aprendizajes históricos integran referencias de experiencias tanto positivas como negativas, ya probadas, para decidir las acciones en el presente y para reorientar el devenir cultural cuando ello resulta vital para la continuidad biológica e histórica de las poblaciones. Los resultados son visibles en amplios espacios de la región; los expertos locales se han constituido en maestros para otras comunidades que requieren de procesos similares para la reconstrucción de sus sistemas de conocimiento ambiental y productivo, a la par de los ecosistemas.

Este lento y sostenido movimiento social de resistencia cultural ha implicado un enorme esfuerzo para sus pobladores durante cincuenta años, pero también la recuperación ecológica de un territorio que algunos ya habían declarado perdido. Por todo ello, puede considerarse como un proceso *real* de cambio social.

Se puede decir que los pueblos de esta región son más zanates que aves Fénix, por su persistencia,

como señala el título de este apartado. Se observa, pues, que el cambio social y la restauración ambiental no se dan por magia, aunque sí son mágicos.

Recomendaciones para la acción

Una de las premisas que ha guiado a esta conversación es, por una parte, que es posible favorecer cambios culturales para la creación (o auto-creación) de comunidades adaptativas y sustentables.

Encontramos que los conocimientos locales sobre el entorno, potenciados por las intuiciones, por los factores psico-afectivos comunitarios, la disposición y la ineludible *necesidad* de cambiar, son elementos de base para lograr transformaciones sociales a través del giro etnobiológico. Sin embargo, se debe considerar que no todo hay que hacerlo de nuevo, porque en la experiencia humana hay valiosas alternativas.

Pensar las realidades actuales como fragmentos de un mundo ha resultado pernicioso, pues todo está interconectado. Un campesino de Tilantongo considera que el trabajo que él hace en favor de su tierra no solamente favorece a su familia o a su comunidad, sino, de algún modo, beneficia a todo el planeta. En palabras profundas y simples, este señor aludió a una condición existencial en la que todos los seres, todos los elementos del planeta, están conectados entre sí, y se afectan mutuamente.

Se observa aquí la importancia del conocimiento local. Estos campesinos saben todavía leer el clima, aunque a veces también los sorprenda debido a las modificaciones antropogénicas a los sistemas climáticos globales. Conocen con precisión los tipos de suelo que hay en su territorio, las plantas silvestres. Observan el comportamiento de los insectos, las aves y otros animales con los que conviven en sus tierras. Eso les ayuda a hacer predicciones o a contar con informaciones importantes para su trabajo agrícola y de restauración, para su vida cotidiana.

En congruencia con el cambio constante de la realidad, la percepción y la comprensión acerca del

mundo natural no es estática o simple, sino polisémica, multidimensional y cambiante, al igual que los saberes tradicionales, que son indisociables del hacer. A diferencia del conocimiento dominante, el conocimiento local es holista, dado que está estrechamente vinculado con las necesidades prácticas de uso y manejo de los ecosistemas locales. El conocimiento local, podría decirse, es el mapa que ayuda a entender el mundo circundante a partir de la condición de relacionamiento humano-ambiente.

Las comunidades referidas son comunidades silenciosas, como tantas en el país, pero no por ello pasivas. Las disciplinas que se interesan por las cuestiones ambientales y sociales no dejan de mirar las posturas políticas implícitas, la agencia y las capacidades de organización colectiva como parte del potencial social para movilizarse en favor de sus causas. Así, al reconocimiento de los conocimientos locales debe añadirse la perspectiva de inter-transculturalidad y de decolonialidad en relación con la dimensión epistémica, la defensa de las formas de vivir y de resistir de las sociedades que integran tal diversidad biocultural. El paradigma biocultural es, de hecho, una herramienta política esencial para la protección de los territorios y de las formas de vida colectiva que coevolucionan con ellos.

Las disciplinas involucradas con la producción agroecológica, la etnoecología, la etnobiología, el activismo ecológico y la defensa de los territorios caminan en un mismo sentido: la sustentabilidad y la justicia social, así como la defensa de las formas locales de vida (esto es, la cultura). En este panorama se palpa la relevancia de los sistemas de conocimientos locales y sus pedagogías, que desafían la razón —supuestamente única— de la cultura dominante.

¿Cómo puede el docente aprovechar esta experiencia para reconocer las posibilidades del giro etnobiológico y ayudar a otros a hacerlo? Las recomendaciones parten de la valoración de los argumentos centrales de este artículo, seguidos de una línea de trabajo a desarrollar:

- La diversidad de formas de pensamiento y de vida no debilitan, sino fortalecen a las sociedades. Como docentes podemos proponer actividades de investigación que permitan a los estudiantes conocer y valorar las prácticas de distintas culturas, particularmente de sus regiones, entidades y del país, e incluso del extranjero, en círculos expansivos: formas de alimentación, religiones, cultivos o formas de producción, valores sociales. Que esta mirada permita salir de la propia cultura, tomando a ésta como un sostén desde el cual apreciar lo otro.
- La diversidad de ecosistemas y el conocimiento cultural existente en los distintos territorios enriquecen el acervo biocultural del mundo y representan un reservorio de alternativas para pensar soluciones a problemas propios. Podemos detonar trabajos de investigación etnográfica donde los estudiantes consulten a sus familiares mayores, a los expertos locales (campesinas, productores, pescadoras, cocineras, jornaleros, carpinteras) sobre, por ejemplo, afectaciones por fenómenos hidrometeorológicos o geológicos en la región, y las acciones implementadas por las comunidades para enfrentarlos o subsanar las consecuencias.
- El conocimiento de la vegetación y la fauna local, del territorio y sus elementos nos permite establecer relaciones directas con el entorno. Dependerá del docente y de los estudiantes el enfoque desde el cual se observen dichas relaciones, aunque es deseable que los jóvenes y los niños recuperen y fortalezcan su capacidad de sorpresa, su vínculo afectivo con la naturaleza, apoyados por la comprensión de las relaciones de interdependencia que los seres humanos tenemos hacia el ambiente: desde la captación del agua para consumo humano y del ecosistema, la importancia del hábitat para las especies animales; la posibilidad de establecer nuevas interacciones con

ciertas especies que han sido estigmatizadas, por ejemplo, con insectos, murciélagos y felinos. Existen diversas estrategias didácticas que facilitan este enfoque relacional con el ambiente.

Estos tres ejercicios están dirigidos a abrir perspectivas y ampliar las capacidades en los jóvenes y los niños para girar, moverse o transformar su forma de comprender el mundo, reconociendo la riqueza cultural y los conocimientos que cada cultura construye en sus relaciones con el ambiente. Esta riqueza proporciona oportunidades de aprendizaje para enfrentar las adversidades presentes y virar a la sustentabilidad mediante la acción social organizada y el fortalecimiento de la agencia colectiva en la defensa de sus formas de vida y la valoración de las otredades, tanto biodiversas como bioculturales, con las que coexistimos.

Referencia

BARRERA-BASSOLS, NARCISO (2003), *Symbolism, Knowledge and Management of Soil and Land Resources in Indigenous Communities: Ethnopedology at global, regional and local scales*, vol. I, Tesis doctoral, Ghent University, Enschede, The Netherlands, International Training Centre for Post-Graduate Soil Scientists.

Lectura recomendada

TOLEDO, VÍCTOR, NARCISO BARRERA-BASSOLS Y ECKART BOEGE (2019), *¿Qué es la biodiversidad cultural?*, México, UNAM/Red para el Patrimonio Biocultural (CONACYT), en: <https://patrimoniobiocultural.com/producto/que-es-la-diversidad-biocultural/>